

MIL MILLONES DE TUBERÍAS

DIEGO ARBOLEDA RAÚL SAGOSPE



ANAYA

© Del texto: Diego Arboleda, 2009
© De las ilustraciones: Raúl Sagospe, 2009
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.mmtuberias.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición: abril de 2009

ISBN: 978-84-667-8485-6
Depósito legal: M. 11876/2009
Impreso en Huertas, S.A.
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Diego Arboleda

MIL MILLONES De tuberías

Ilustraciones de
Raúl Sagospe



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ANAYA

Índice



PRIMERA PARTE

- | | |
|-----------------------------|-----|
| 1. El meteorito | 9 |
| 2. En palacio | 31 |
| 3. La Resistencia | 69 |
| 4. La Gran Tubería | 85 |
| 5. Un ladrón nocturno | 109 |

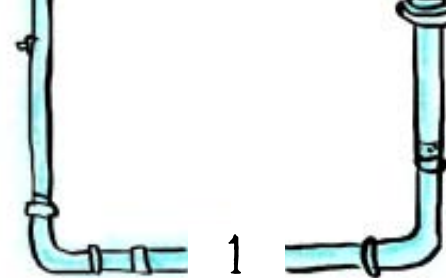
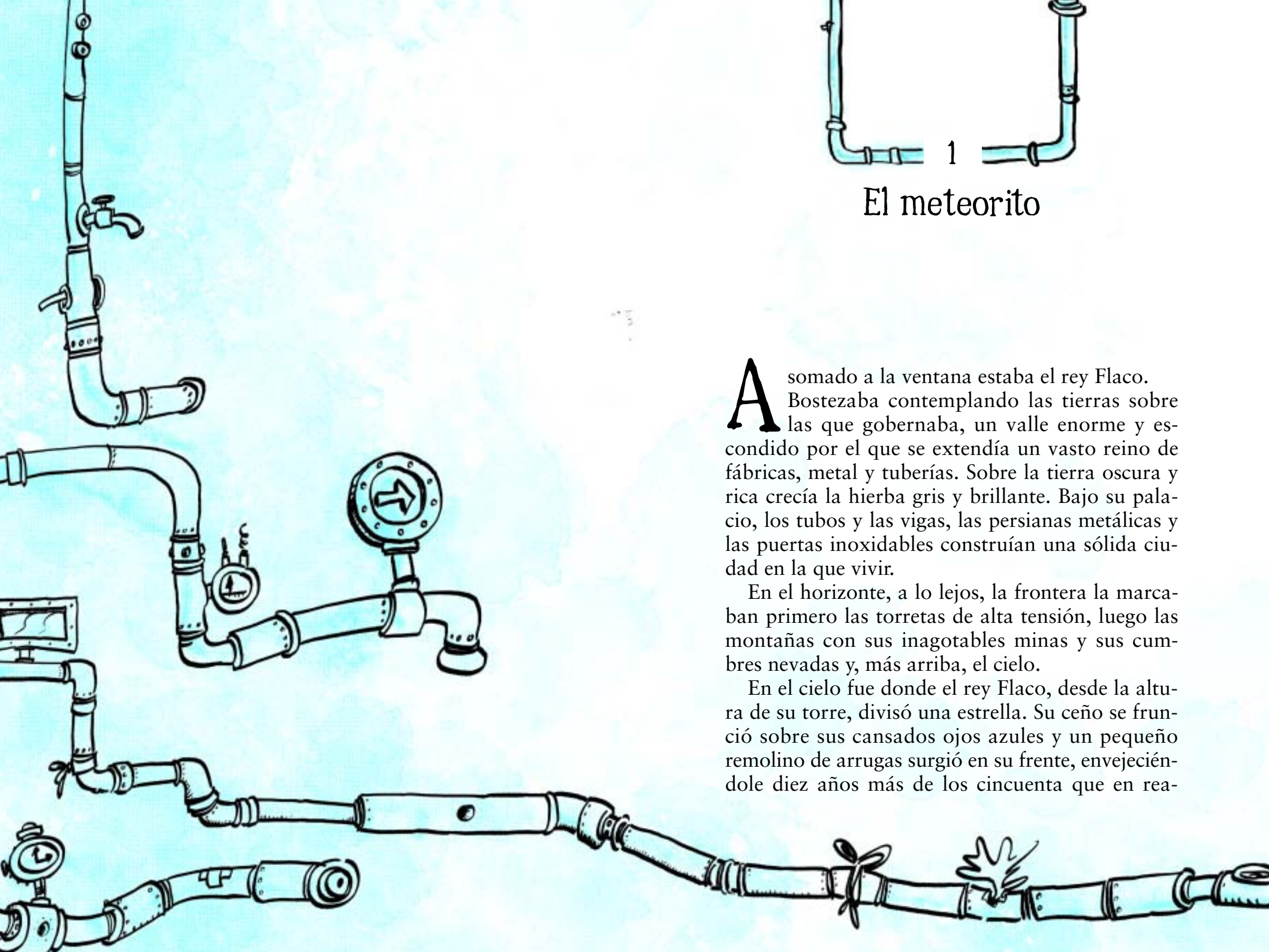
SEGUNDA PARTE

- | | |
|--------------------------------|-----|
| 6. El rey Flaco | 123 |
| 7. Esta batalla | 141 |
| 8. Más mal humor | 155 |
| 9. El Astrónomo Real | 163 |
| 10. El final de la huida | 187 |
| 11. El rey Longo | 197 |



Primera parte

*El día que brillaron dos soles en el cielo
(y uno de ellos, de repente, cayó al suelo)*



El meteorito

Asomado a la ventana estaba el rey Flaco. Bostezaba contemplando las tierras sobre las que gobernaba, un valle enorme y escondido por el que se extendía un vasto reino de fábricas, metal y tuberías. Sobre la tierra oscura y rica crecía la hierba gris y brillante. Bajo su palacio, los tubos y las vigas, las persianas metálicas y las puertas inoxidables construían una sólida ciudad en la que vivir.

En el horizonte, a lo lejos, la frontera la marcaban primero las torretas de alta tensión, luego las montañas con sus inagotables minas y sus cumbres nevadas y, más arriba, el cielo.

En el cielo fue donde el rey Flaco, desde la altura de su torre, divisó una estrella. Su ceño se frunció sobre sus cansados ojos azules y un pequeño remolino de arrugas surgió en su frente, envejeciéndole diez años más de los cincuenta que en rea-

lidad tenía. El Rey miró el reloj que colgaba en la pared: el péndulo balanceaba de un lado a otro a los dos osos negros que formaban el emblema del reino.



«Pero si apenas es mediodía», pensó.

Maximiliano X respiró profundamente y observó crecer el misterioso punto de luz: la estrella aumentaba de tamaño y brillo a cada instante que pasaba, convirtiéndose poco a poco en un segundo sol. Luego, retiró su real mirada de aquella bola de luz, cuyo refulgir comenzaba ya a dañar los ojos, y la descansó sobre su propio palacio.

Era una de las primeras mañanas de septiembre, mañanas templadas en las que el verano se adormila acortando los días. El Rey acarició pensativo su barbilla afeitada; nadie parecía haber reparado en la estrella diurna: sus hombres custodiaban las puertas y las almenas, los criados cruzaban despreocupados por el patio de armas.

Colina abajo, la ciudad bulliciosa vivía una habitual mañana de trabajo. Las gentes hacían su vida cotidiana entre los millares de tuberías que cruzaban, rodeaban, atravesaban y comunicaban cada casa, sin reparar en que la piel metálica de los tubos reflejaba aquel día el brillo de dos soles distintos.

El reloj de la torre comenzó a dar las doce campanadas del mediodía y bajo el arco de entrada al palacio se inició el ceremonioso cambio de guardia que cada mañana tenía lugar a esa hora. La rutina de todos los días.

Intrigado, el rey Flaco decidió hacer llamar a su consejero.

Carpio, el consejero real, acudió de inmediato.
—¿Cómo os encontráis hoy, Majestad?

Como siempre, sus ojos saltones brillaban en contraste con la blancura de su rostro y de su cráneo desierto. Ni un solo pelo afloraba en esa cabeza angulosa envuelta en una piel delgada y tensa. Su figura sorprendería a aquel que le viera por primera vez; sin embargo, al igual que casi todo en este reino de tuberías, en nada se diferenciaba el aspecto del consejero del que hubiera lucido cualquier otro día: ni joven ni viejo, con un uniforme negro dividido por una hilera de treinta botones de plata y, sobre ellos, nuez, barbilla y nariz afiladas, alineadas las tres perfectamente con la dirección marcada por los botones. Y no nos olvidemos de sus brazos, dos brazos huesudos pegados al pecho y con las manos apuntando hacia delante, como si en cualquier momento fueran a lanzar un hechizo.

Así fue como se asomó a la ventana.

—Lo estamos vigilando desde el Observatorio, Majestad.

El rey Maximiliano se giró para comprobar que, en efecto, la cúpula del Observatorio tenía el telescopio totalmente extendido, escrutando los cambios de esa nueva estrella.

El consejero Carpio arrugó sus finos labios y dejó escapar entre ellos una frase poco esclarecedora:

—Ahora solo queda esperar.



En ese mismo momento, en el campo, en casa de M tenía lugar una batalla.

Esta batalla.



Un grupo de niños se arremolinaba bajo el entrecocar de espadas, la sacudida de las armaduras y el temblor de los yelmos.

M estaba en el suelo, lamentándose de haberse pisado uno de los cordones. Pero allí lo importante era el combate, así que no se lamentó más de lo necesario, lo ató con rapidez para poder volver a la lucha cuanto antes, y por eso, nada más levantarse, el nudo comenzó de nuevo a desatarse.

La Guardia Real, además de la guardia personal del Rey, era, con diferencia, su juego preferido. M no se cansaba de explicárselo a todo aquel que quisiera escucharle:

—Fíjate bien, no son simples soldados, su extraordinaria equipación de armas letales y alucinantes armaduras les hacen prácticamente invencibles.

Eso decía. La boca se le llenaba de palabras y los ojos se le encendían cuando hablaba de ellos.

—¡Necesito ayuda, Gatucho! —gritó de pronto, acorralado por dos adversarios y a punto de ser traicionado de nuevo por su propio cordón.

—¡Miaooo...!

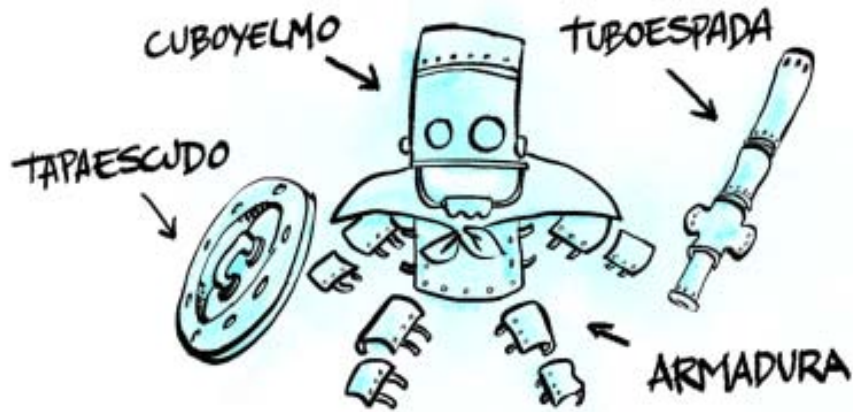
De entre el remolino surgió primero un maullido y, tras el maullido, apareció un pequeñajo combatiente que avanzó a grandes saltos pisando las cabezas de luchadores amigos y enemigos. Cuando llegó hasta M no dejó de saltar, ya que el particular método de combate de Gatucho consistía en encaramarse a la espalda del resto de chicos y brincar sobre ellos hasta tumbarlos.

M se alejó prudentemente en cuanto pudo. El furor saltarín de Gatucho era difícil de controlar, y a menudo parecía disputar una guerra propia en la que todos eran objetivo de sus saltos.

Separado unos pasos de la pelea, se concedió un breve instante de tranquilidad y, como el general de un gran ejército, observó satisfecho el torbellino de la batalla.



M y sus amigos luchaban con tubos en vez de espadas, vestían unas armaduras de alambre que les había costado mucho trabajo fabricar y se protegían la cabeza con un cubo recortado y adornado que hacía las veces de yelmo.



Esta equipación casera era mucho menos temible que la de los auténticos guardias, pero eso no les impedía pasar estos últimos días de vacaciones venciéndose y derrotándose mutuamente, haciendo volar el tiempo hasta la hora en que los padres les reclamaban de vuelta a casa, cuando los chicos, ninguno mayor de once años, se veían obligados a abandonar la lucha y decir adiós a M, llevándose consigo las armaduras, los rasguños y los moratones.

El patio se quedaba terriblemente solitario a esa hora, y M, por llenar ese vacío, era capaz de luchar él solo durante diez minutos más. Claro que al final siempre abandonaba el combate, no porque necesitara a otros para esgrimir el tubo, sino porque a solas era aún más evidente que todo aquello era un juego, y no una aventura de verdad.

—Maoohgg...

Alguien estaba sentándose encima del casco de Gatucho, chafándole las dos orejas de papel de plata que el pequeñajo había añadido a su cubo. Aunque con seguridad era un castigo merecido, el deber le obligó a lanzarse a liberar a su amigo.



M no solo era el único chico de su pandilla que vivía en una casa con patio, sino que también era el único que tenía un trozo de patio que era suyo, tan suyo como el tubo espada, el cuboyelmo o la armadura de alambre.

Hasta donde M podía recordar, sus padres siempre habían trabajado como ingenieros para la Real Compañía Eléctrica. Pero hace apenas año y medio, a su padre le ascendieron, nombrándole supervisor de las torretas de alta tensión de la zona sur del reino, así que tuvieron que mudarse fuera de la ciudad. A M no le fue fácil aclimatarse a la vida en el campo, a los prados grises, las bandadas de cuervos y a un horizonte amplio y azulado, interrumpido solo de vez en cuando por el humo de alguna de las fábricas o el caparazón blanco de algún invernadero.

Los primeros meses extrañó mucho el bullicio de la ciudad, las aceras y los bloques de pisos; pero, sobre todo, echó de menos las tuberías que, entre los edificios, recorrían calles y plazas, trepando hacia el palacio en mil y un ángulos rectos. En el campo las tuberías escaseaban, y solo se las veía aparecer de tanto en tanto, asomando como el extremo de un periscopio o mostrando un codo semiculto por la hierba, semejante al brazo de un gigante enterrado.

Además, en el campo, las posibilidades de ver a un guardia real eran tan pequeñas como las de encontrar una tubería cuadrada.

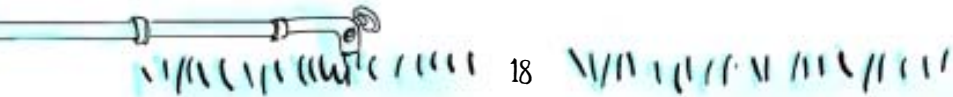
Por eso, buscando que M apreciara cuanto antes su nuevo hogar, cuando visitaron por primera vez la casa, su padre le dijo:

—Este gran patio es para todos, pero esa parte de allí es tuya, hijo, para ti, puedes hacer con ella lo que quieras: construirte una caseta, dejar crecer la hierba hasta que te cubra o cavar un agujero.



M no hizo ninguna de esas tres cosas, pero sí otras muchas, especialmente batallas de guardias reales. Sus amigos, M, y hasta sus padres, llamaban al patio «patio», y a su trozo «su patio». Eran solo palabras, pero M estaba orgulloso y sus amigos le envidiaban.

Pues bien, de su patio tuvieron que salir corriendo para refugiarse en casa a una orden de su madre, que, extrañada, vio cómo brillaban dos soles en el cielo. Y en su patio, al cabo de media hora, cayó una roca enorme que hizo un agujero igual de enorme en el que se quedó clavada.



—Majestad, era un meteorito —dijo el consejero.
—Sí, y ha caído en el campo —confirmó el Rey.

—Es un meteorito —dijo la madre de M.
—¿Un qué? —preguntó Gatucho desde el interior de su cubo.

M sabía lo que era un meteorito: una roca que venía del espacio.

«Y ha caído en mi patio», pensó.



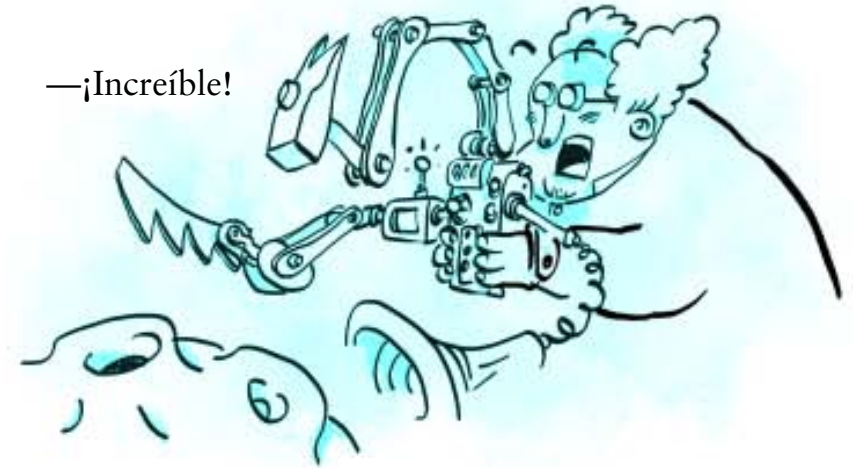
M abandonó la ventana, también la protección de la casa, y se acercó a la gran piedra con cuidado de no caer al agujero. Allí permaneció callado, observando el meteorito. Tras él salió su madre, que se puso a su lado y apoyó una mano en su hombro. Luego salieron Gatucho y los chicos, y luego acudió su padre, y los padres de sus amigos, que venían a buscarles para llevarles a comer a casa; vinieron también los pocos vecinos que tenía allí la familia de M y se sumó algún hombre que por casualidad pasaba en ese momento por el lugar. Todos se situaron alrededor de la roca, admirando en silencio el espectáculo.

La roca era de un intenso tono marrón y, como si la acabaran de cocinar, producía un denso humo del mismo color, que comenzaba en sus grietas y agujeros y llegaba hasta el cielo.

Gracias a esa columna de humo marrón (totalmente distinta de las nubes blanquinegras que expulsaban las chimeneas de las fábricas) los hombres de Su Majestad Maximiliano X encontraron rápidamente el lugar exacto en el que había caído el meteorito.

Y así fue que irrumpió en el patio un grupo de científicos de bata blanca. Al principio se quedaron parados, mirando asombrados la piedra humeante, pero cuando parecía que se iban a sumar al círculo de espectadores que formaban padres, hijos y vecinos alrededor del meteorito, uno de ellos se adelantó y rompió el silencio diciendo:

—¡Increíble!



Sacó del bolsillo de la bata un aparato en el que brillaban números azules, lo acercó a la roca, los números cambiaron y volvió a gritar:

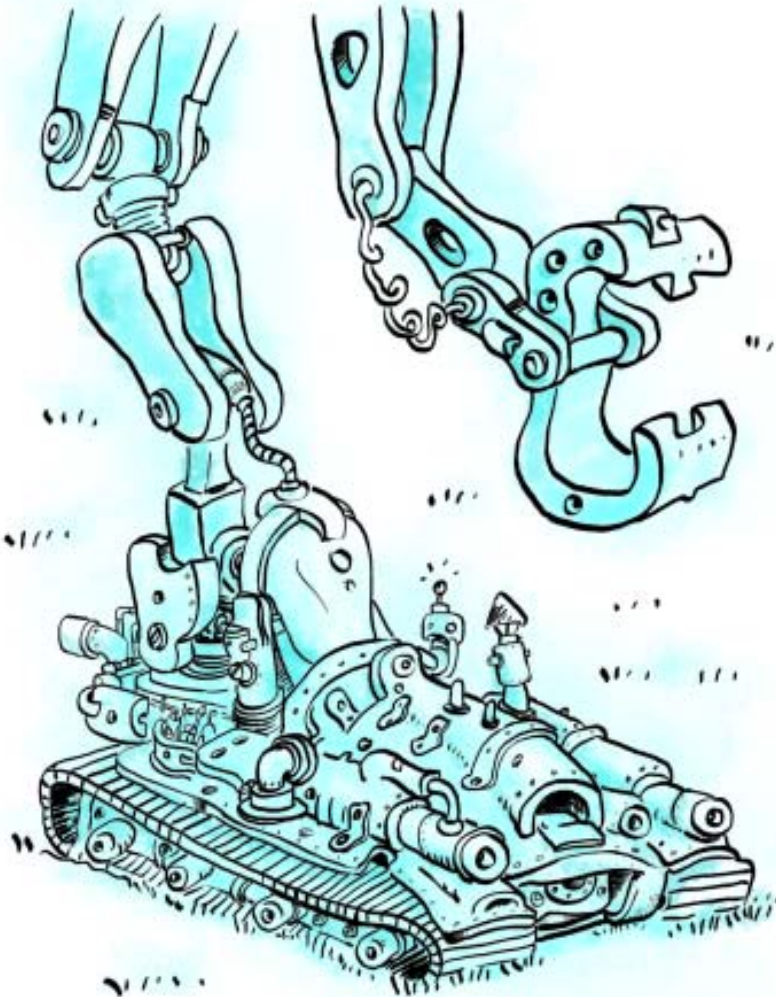
—¡Increíble!

Los otros científicos sacaron otros aparatos e instrumentos de los bolsillos y se abalanzaron sobre la roca midiendo con una mano mientras se ponían un guante en la otra.

Pasaron un rato entre mediciones, tasaciones y exclamaciones. ¡Increíble! ¡Increíble!



Hasta que se oyó un ruido de motor que provenía del camino. Todos giraron la cabeza hacia allí, a pesar de que cada uno de ellos reconoció al instante la clase de motor que se acercaba. Al momento apareció en la puerta una de las enormes máquinas que se utilizaban en las construcciones de tuberías.



—¡Atención! —voceó uno de los científicos poniéndose un casco de color blanco—. ¡Apártense! Vamos a proceder a la recogida del meteoro.

—¡Eh! —gritó ahora M—. ¡No pueden llevarselo!

El científico reparó en aquel chico con un extraño cubo en la cabeza.

—¿No podemos? ¿Y por qué no podemos?

—Porque ha caído en mi patio y es mío.

Los padres de M sonrieron. Sabían que a su hijo le inspiraban poco respeto los adultos, a no ser que fueran guardias reales. Entre los dos explicaron al científico la pequeña historia del patio y de cómo el chico decía la verdad.

—Increíble —murmuró el científico mirando a sus compañeros.

Y ahora sí que permanecieron callados como todo el mundo.

Una bandada de cuervos formó un círculo en torno a la columna de humo, girando como si fueran una rueda de plumas negras.

—¿A qué esperáis?! —sonó una voz aguda a sus espaldas.



Una vez más, todos se dieron la vuelta. La voz pertenecía nada más y nada menos que a Carpio, el consejero real. Los científicos se quedaron de piedra al ver su cara, los padres de M se quedaron extrañadísimos al ver sus manos, y M y sus amigos parpadearon alucinados al ver que le acompañaba el capitán de la Guardia Real y cuatro de sus guardias.

El científico puso al consejero al corriente de la situación. El consejero miró a M con severidad y se dirigió a sus padres dispuesto a ofrecerles una compensación por las molestias y desperfectos que había causado el meteorito, a cambio, claro, de llevárselo a palacio.

Ellos sonrieron muy educados pero confirmaron las palabras del científico:

—El meteorito es de nuestro hijo.

Al observar la indumentaria de M, el capitán de la Guardia Real dio un paso adelante.

—Permitidme, Excelencia —dijo adelantando al consejero.

Luego repasó a M de arriba abajo con una mirada cargada de seriedad, se acercó y le preguntó:

—Muchacho, ¿eso que vistes es una armadura de la Guardia Real, verdad?

—Sí —contestó M como pudo, impresionado tanto por su atuendo como por sus sólidos bigotes.

El capitán se dio dos pequeños golpes en el emblema real que brillaba en su coraza.

—Pero un miembro de la Guardia Real nunca se quedaría con algo que reclamaran desde palacio.

—Ya —dijo M bajando la cabeza.

—Sobre todo, uno que tuviera la oportunidad de pasar una mañana entera visitando las instalaciones de la verdadera Guardia Real.

Ahora sí que M no sabía qué hacer. Pasar una mañana en palacio en compañía de la Guardia Real podía ser el sueño de su vida, pero tener en su patio un enorme y humeante meteorito marrón tampoco era ninguna tontería.

—¿Puedo al menos quedarme un trozo?

El capitán miró a Carpio, Carpio miró al científico y este último se encogió de hombros.

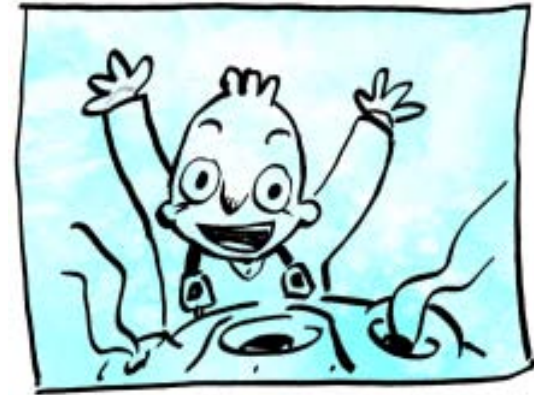
Después, ante la mirada alucinada de M, el capitán desenvainó su espada y partió de un mandoble un trozo de roca que cayó entre los pies de ambos. La espada era tan fantástica que M no miró su trozo de meteorito hasta que el capitán la enfundó de nuevo.



Una vez resuelto el problema, todo sucedió muy rápido. La máquina usó su monstruosa garra de metal, se llevó la piedra, y otra máquina diferente pero igual de grande relleno el agujero con tierra. Pronto el patio estuvo vacío de personas y de meteoritos. Aun así, aquella tarde no dejó de llegar gente a comentar lo sucedido y contemplar el trozo humeante que M había colocado sobre la mesa del recibidor.



Incluso acudió una redactora del boletín real, acompañada de un fotógrafo que se empeñó en retratar a M junto a su meteorito, sonriendo orgulloso como si lo hubiera cazado o pescado en el río.



Con el paso de las horas, la roca cada vez humeaba menos, y cuando M estaba ya en la cama a punto de dormirse, entró su madre de nuevo y dijo:

—M, se ha apagado.

Pero a M no le preocupó. No podía dejar de pensar en que dos días después vendrían a buscarle para llevarle a palacio y conocer a la verdadera Guardia Real.

Ni siquiera se concedió un segundo para recordar que a la mañana siguiente terminaban para él, como para todos los niños del reino, las vacaciones, y comenzaba el nuevo curso escolar.